

de estas referencias se repiten varias veces en más de un capítulo. Es comprensible que un historiador quiera hacer uso de sus mejores fuentes, o de las únicas de las que dispone, según el caso, pero esta repetición puede llegar a ser confusa, especialmente cuando para dar una explicación pormenorizada del ejemplo se dan importantes saltos temporales que momentáneamente rompen la cohesión del relato.

Por otra parte, tal vez debido a la estructura en bloques cronológicos o a la tendencia del autor en centrarse en la reconstrucción en base a las fuentes, relegando las menciones a cuestiones teóricas y debates historiográficos a los apartados de conclusiones, se percibe el texto más bien como una foto fija de la sociedad en cada uno de los periodos indicados; con un importante dinamismo interno en cada uno de ellos pero sin que seamos capaces de detectar una hipótesis o marco teórico que aporte coherencia al conjunto del proceso. De esta manera, se puede echar en falta referencias a los procesos de aparición de las élites altomedievales o un mayor internamiento en el debate sobre los modelos de feudalización.

A pesar de esto, no es nuestra intención menoscabar el mérito de este trabajo que aporta una reconstrucción esmerada de un territorio que por su carácter fronterizo a menudo había quedado relegado como un elemento secundario, tanto de Aragón como también de Catalunya en sus primeras etapas, y que se nos presenta ahora en un extraordinario nivel de detalle como un espacio con unas dinámicas y características propias y dignas de ser estudiadas.

Rosa M.^a Quetglas Munar

MUÑOZ GÓMEZ, Víctor

Fernando «el de Antequera» y Leonor de Alburquerque (1374-1435).

Ediciones Universidad de Sevilla-Ateneo de Sevilla.

Sevilla: 2016, 292 pp.

ISBN: 978-84-472-1752-6

Ganadora del X Premio de Historia Ateneo de Sevilla, esta obra es un extracto de la reciente tesis doctoral del autor, defendida en la Universidad de Valladolid con el título *Corona, señoríos y redes clientelares en la Castilla bajomedieval (siglos XIV-XV). El estado señorial de la casa de Fernando de Antequera y Leonor de Alburquerque, infantes de Castilla y reyes de Aragón (1374-1435)*. A medio camino entre la biografía y la historia política, se trata de una ambiciosa investigación sobre las sociedades políticas de las Coronas de Castilla y Aragón en la transición del siglo XIV al XV, atendiendo a diferentes planos y desde diversas perspectivas.

En efecto, el libro gira en torno a la pareja formada por Fernando, «el de Antequera», y Leonor, «la ricahembra», protagonistas indiscutibles de la política castellana durante dicho periodo. Indirectamente, también lo serían de los tiempos posteriores, ya que su papel en la gestación de tensiones que eclosionaron más tarde es puesto de manifiesto. Su posición hegemónica en Castilla, iniciada hacia el final del reinado de Enrique III, se intensificaría desde el comienzo de la minoría de Juan II, cuando Fernando, tío y regente del monarca, se impone al poder de Catalina de Lancaster, la reina viuda, también regente. Tras la muerte de Fernando, que había llegado a ser rey de Aragón, Leonor y los hijos de ambos –los conocidos «infantes de Aragón»– se mantienen activos en la vida política, extendiendo el poder de la dinastía

Trastámara, que llegaba así a dominar casi la totalidad de la Península Ibérica.

El comienzo del volumen consta de una completa introducción al trabajo que se corresponde con los tres primeros capítulos, ya que incluyen un marco teórico fundamental para comprender la trascendencia de los personajes principales y justificar un estudio sobre los mismos. Así, en el repaso historiográfico sobre las investigaciones que hasta el momento han abordado el tema, el autor reconoce la ausencia de una lectura compleja de las vidas de Fernando y Leonor en el marco de las sociedades políticas de Castilla y Aragón, sus relaciones con otros reinos y de la redefinición del cuadro de dominación señorial. Este último aspecto, entendido como problemática social, parece de especial relevancia, debido a las extraordinarias dimensiones del patrimonio señorial reunido por el matrimonio. Este esfuerzo por contribuir a un cierto vacío historiográfico debe destacarse aún más al observar la dispersión y heterogeneidad de las fuentes documentales que han servido de materia prima al autor, procedentes de numerosos archivos de distinta condición, tanto centrales –como el Archivo General de Simancas, el Archivo de la Real Audiencia y Chancillería de Valladolid, el Archivo General de Navarra o el Archivo Histórico Nacional–, como nobiliarios y municipales. Para los aspectos de carácter más discursivo, Muñoz ha utilizado además un buen número de obras cronísticas o biográficas no solo del siglo xv, sino también de las centurias posteriores, lo que le permite valorar el papel de la memoria en la construcción de la imagen de Fernando «de Antequera».

Los capítulos cuarto, quinto y sexto son los más estrictamente biográficos, aunque los dos primeros adolecen de importantes vacíos informativos. A pesar de este déficit, el autor

es capaz de reconstruir, aunando diversos testimonios, las vidas del infante Fernando y Leonor de Alburquerque en los últimos años del reinado de Enrique III, especialmente en lo que concierne a su relación con el monarca –que habría estado más alejada de la animadversión de lo que refería la historiografía– y con otros miembros de la aristocracia castellana. La época del encumbramiento de la pareja está mejor documentada –también por ello más conocida– y centra la atención del capítulo seis, que aparece subdividido en dos etapas. La primera se corresponde con el periodo de regencia durante la minoría de Juan I, destacándose su relación con Catalina de Lancaster y sus hazañas bélicas frente al reino de Granada. La segunda parte del capítulo se centra en las vicisitudes de Fernando como candidato al trono aragonés y después como monarca electo. Además de las estrategias diplomáticas llevadas a cabo por Fernando para ser elegido rey en el Compromiso de Caspe, se subraya la difícil búsqueda de equilibrios políticos con otras potencias en el marco de la política exterior.

En el séptimo capítulo, Víctor Muñoz analiza cómo los protagonistas se encargaron de legitimar su posición tanto de origen como de facto, mediante el examen de los distintos procesos discursivos desplegados en torno a sus figuras. No solo se destacaba su pertenencia a una estirpe real, sino que también descansaban su «fama» en el enorme patrimonio señorial del que gozaban. En este último punto parece destacar la figura de Leonor, cuyo papel en la vida de Fernando y en la defensa de los intereses de sus vástagos parece trascendental. Además de estas dos vías de legitimación, el autor distingue un auténtico programa propagandístico de contenido religioso –providencialismo, fundamentalmente mariano–, bélico –guerra contra el Islam– y caballeresco. Esta construcción ideológica,

consciente y meticulosa, buscaba reforzar el prestigio y la posición de Fernando, al tiempo que era representado como modelo de príncipe cristiano, estrategia magnífico y caballero ideal. Tal perspectiva de análisis entronca con las líneas de investigación sobre comunicación política y simbología que en las últimas décadas han venido potenciándose en el medievalismo hispánico. En este punto, el autor plantea ciertos interrogantes que quedan abiertos. Entre ellos, sobresale el grado en que el ejemplo de Fernando y las ideas de lucha contra los musulmanes moldeadas a su alrededor pudieron influir tanto en los discursos posteriores como, en definitiva, en la conformación del célebre concepto de «Reconquista».

De vuelta a una narración más cercana a la biografía, el último capítulo de los que conforman el núcleo del trabajo intenta recuperar la trascendencia de la figura de Leonor. Pese a haber sido silenciada por la cronística de la época —que parece centrada casi exclusivamente en sus hijos—, los Infantes de Aragón, Muñoz reivindica su figura como agente activo en las disputas políticas. Asimismo, ofrece una reinterpretación de las luchas de poder protagonizadas por los «infantes de Aragón» durante el reinado de Juan II, cuyos fundamentos ubica en las relaciones de parentesco y clientela: el hecho de ser parte de la familia real, unido a la memoria de su padre como príncipe modélico, sustentaría, según el autor, las pretensiones de los infantes, al menos ideológicamente.

Para finalizar esta aproximación lineal al contenido del volumen, cabe reseñar la idoneidad de presentar al final del mismo una selección de apéndices que ilustran y complementan el análisis. En este apartado final se incluye una serie de imágenes vinculadas a la vida de Fernando y Leonor, así como a las representaciones discursivas de su

programa propagandístico. Se trata, fundamentalmente, de documentos diplomáticos y fuentes arqueológicas y artísticas (arquitectura, escultura y pintura). Asimismo, el poder de los protagonistas y su influencia en el panorama político peninsular queda en evidencia, por un lado, mediante varios mapas que muestran su patrimonio señorial y, por otro, con unos completos árboles genealógicos que permiten valorar sus importantes vínculos de parentesco. Por último, también se presentan las Ordenanzas de la orden de la Jarra y el Grifo, fundada por Fernando en 1403.

Al hacer una valoración general sobre la obra, y pese a contener capítulos cercanos al género biográfico, es interesante advertir que el autor se aleja de interpretaciones personalistas, incidiendo, por el contrario, en el estudio de las estructuras y procesos de la Castilla bajomedieval. De este modo, se pone de relieve el papel del patrimonio señorial como pilar del éxito social y político en ese periodo. Por otro lado, se acentúa la relevancia de los vínculos sociales, de parentesco y clientela, así como las relaciones que resultaban de ellos y su proyección en diversas instancias del poder, incluidas las centrales. Por consiguiente, dichas redes y conexiones entre individuos son analizadas tanto desde el punto de vista «personal», como desde una perspectiva más «institucional». En este sentido, no hay que olvidar los lazos de sangre que unían a Fernando con las casas reales castellana y aragonesa. La conciencia de pertenecer al grupo de los «parientes del rey», legitimado así para mantener la hegemonía política, parece clave a la hora de interpretar todo el aparato ideológico construido en torno a su figura.

Al mismo tiempo, el trabajo de Muñoz permite apreciar en su justa medida la trascendencia de este último aspecto para explicar

otras cuestiones de diferente magnitud: por ejemplo, las motivaciones que condujeron a la conflictividad de los «infantes de Aragón», en particular, o los discursos políticos medievales, si consideramos un ámbito de análisis más general. Así, aporta conclusiones sobre el enfrentamiento entre facciones nobiliarias que contribuyen a relegar aún más la tradicional tesis que oponía dialécticamente a monarquía y nobleza, situándose de esta forma en la línea de posturas similares que ya han sido defendidas por otros autores en años recientes. Habría que juzgar también positivamente el protagonismo concedido a Leonor de Alburquerque, que, lejos de presentarse a la sombra de su esposo, aparece como una figura hábil tanto en la administración señorial como en la vida política. Se presenta como un caso más que también refuerza los estudios que

vienen acentuando la capacidad de actuación e influencia de las mujeres aristócratas en las estrategias sociales y políticas de la Baja Edad Media.

Más allá del concreto objeto de estudio y observándolo desde una perspectiva amplia, este trabajo aporta luz para conocer los cambios bajomedievales producidos en el seno de la sociedad política castellana entre los siglos XIV y XV. En especial, se nos permite reconocer los procesos de adaptación de las elites a nuevas realidades y los diversos mecanismos que utilizaban con ese propósito, como la jerarquización, el impulso al poder señorial y la creación de redes clientelares, todo ello en el marco de la propia competencia nobiliaria.

Nuria Corral Sánchez